

I CONCURSO "BOTILLO DE ORO"

.....

FALTABA PIMENTÓN

Permanente y absoluta

Comarca de El Bierzo, a principios de otoño del 1967.

.....

Decir que Lolina era mujer nerviosa o –como se dice vulgarmente- culo de mal asiento, era quedarse infinitamente corto. Corto y además injusto, porque aquella mujer menuda, que apenas aparentaba los cincuenta y pico que en realidad tenía, era un auténtico rabo de lagartija. Imposible verla sentada, quiera, o mostrándose ociosa durante más de un minuto.

Lo suyo era un trajín continuo, un ir y venir siempre atareada entre fogones, para que todo saliera y como a ella le gustaba. Dueña y señora de un hostel a las afueras del pueblo, era de ese tipo de gente incapaz de delegar en alguien, pues necesitaba ser ella en persona quien todo lo controlara, desde la compra de las materias hasta las bebidas, pasando por el más mínimo detalle relacionado con lo que era su feudo, no en vano hasta decidía la marca de aceite y vinagre con que se aliñaban las ensaladas que se servía. Mujer meticulosa en todo y cada uno de sus actos, su vida era su negocio, y su cocina su centro del universo. Porque ella había nacido allí, en mitad de aquella tierra de gente noble y gesto rudo, donde desde siempre se ha apreciado el buen comer y mejor beber. Y si algo sabía Lolina era de cocidos y viandas, pues todo su existir estaba entre las cuatro paredes que formaban el edificio, y teniendo la casa justo encima del restaurante había días en los que ni tan siquiera salía a la calle.

No sería justo omitir que por aquellos pagos su nombre se relacionaba con el buen hacer gastronómico. De ella se decía que era la que mejor preparaba el botillo con cachelos, y que no poca gente venía desde los cuatro puntos cardinales para saborear tan singular plato, típico donde los haya, y que pocos, muy pocos, cuestionaban su sabiduría en tal especialidad. Su arte, su secreto, residía en tener los mejores ingredientes, muchos de cosecha propia y otros traídos expreso del lugar de origen.

La buena mujer, poco dada a regocijos y vanidades, apenas reparaba en parabienes con los que era agasajada, pues tiempo le faltaba para dejar a todos y cada uno bien servido, y prefería destinar sus horas a verificar que en la cocina todo estuviera a su gusto y sin sobresalto alguno. Su fonda, que no albergaba más que una docena de mesas, siempre rebosaba clientela, alguna fidelizada a golpe de buen puchero y poco o nada podía quejarse en cómo funcionaba el negocio. Si el carcamal de Tobías, su marido, fuese de otra manera, quizás hasta se hubiera atrevido a ampliar el restaurante, pero aquel haragán prefería consumir las tardes jugando al mus en la taberna de la calle ancha antes que ayudarla a ella. Aunque mejor quizás así, ya que aquel torpe varón estorbaba más de lo que servía, y las pocas veces que ayudaba en cocina mejor olvidarlas, pues para una cosa que había bien el resto eran de una torpeza mayúscula.

Con una cocinera que le ayudaba en lo elemental y tres camareros que llevaban mil años bajo sus órdenes, Lolina consumía días siempre con las prisas a cuestras, levantándose antes de las siete de la mañana y no cerrando la fonda –porque ella era de las que abría y cerraba cada día el local- hasta pasada la medianoche.

.....

La sorpresa, porque aquello fue una sorpresa, aconteció cuando aquel atardecer de octubre se presentó al restaurante un hombre de traje exquisitamente planchado, casi tanto como su fino bigote, y que ocultaba sus ojos tras unas opacas gafas oscuras. Tras preguntar a uno de los empleados por Doña M^a Dolores Castelar Gascón, no fue menester más de un minuto para que pareciese ella, libreta en mano, creyendo que el recién llegado solicitaba mesa para fecha venidera.

Su asombro fue cuando el serio individuo acreditó ser policía del servicio secreto. Un frío seco se apoderó de Lolina, pues ella jamás tuvo roce ninguno con la autoridad, ni tampoco su marido era de trifulcas ni argumentos, pues éste consumía las horas de partida en partida con los contertulios de siempre, y ella apenas salía de entre cazuelas y sartenes. El hombre, tras solicitarle poder hablar a solas, sin oídos indiscretos, le expuso el motivo de su visita.

Dentro de cuatro días, ni uno más, ni uno menos, el mismísimo Caudillo acompañado del gobernador y otras autoridades, llegarían al hostel para degustar el plato estrella del restaurante: el botillo con cachelos. Según le informó el funcionario, el buen hacer de su cocina había llegado a oídos de la autoridad provincial y, estando el Generalísimo pescando en el cercano Sil, había decidido que el receso de la hora de la comida sería en su establecimiento. Tras pormenorizarle los detalles le advirtió que, evidentemente, y desde primera hora de la mañana no debía atender a nadie. Aquel día la fonda estaba cerrada sólo para los catorce comensales de tan alto rango. La guardia civil y otros agentes especializados ya velarían para que todo transcurriera sin salvedad ninguna. Ella, a quien se le exigía una total discreción, nada debía comentar en el pueblo hasta el día siguiente cuando el Caudillo, ya con lo pescado y tras haber saboreado el botillo en cuestión, estaría lejos de la zona. La factura –le aclaró- no sería problema pues un responsable en asuntos económicos le haría llegar en no más de una semana el dinero del selecto ágape. Tras repetirle que el silencio y la discreción solicitados eran máximos, el policía se despidió, no sin indicarle que esperaba un esmero y un acierto en el plato a ofrecer a tan ilustre comensal.

.....

No será menester incidir en cómo se sintió Lolina tras aquella charla con el hombre de gafas oscuras. Si ya de por sí acostumbrada a estar en un perenne nerviosismo, tamaña noticia le supuso un plus que nunca antes había percibido en su cuerpo. Para más énfasis ni los propios camareros, ni la cocinera auxiliar, debía saber para quién se estaba cocinando, pues el secretismo alcanzaba a todos y cada uno de los que allí trabajaban.

Presa de un pánico de los gordos, lo que quedaba del día fue un torbellino de ideas que atenazaron su cerebro. Estando ya en la cama, su cabeza no paraba con los mil y un menesteres a preparar. Incluso su marido, poco dado a insomnios y desvelos, se contrarió por las vueltas dadas por su mujer en la alcoba. Lejos de contarle lo de la visita recibida –pues él tardaría poco en vocearlo en la taberna- ese no poder explicarlo a nadie aún la angustiaba más. De repente, estando aún echada y cuando ni tan siquiera se había roto la noche, el corazón de aquella mujer le dio un vuelco que casi la deja inconsciente: el pimentón. Había que comprobar las existencias de pimentón. A trompicones bajó las escaleras que conducían al restaurante y se dirigió rauda hacia la despensa. Recordaba que uno de los camareros, y de eso había varios días, le había indicado que el condimento molido que le enviaban cada año de tierras murciana estaba bajo mínimos, y que era menester realizar un nuevo pedido, pues se estaba utilizando uno de menor calidad para salir del apuro. Cuando llegó donde las alacenas, sudorosa, quiso morirse. En el primer frasco el sonido del eco la advirtió que en el interior no había ni un gramo. En el segundo envase, y tras removerlo, apreció que sólo un parco puñado de tan apreciada especia se alojaba en el fondo del recipiente. Un grito amargo salió de lo más profundo de su garganta. No había suficiente pimentón molido para preparar unos buenos cachelos aliñados con aceite y el mentado condimento, rociado generosamente sobre las patatas.

Y si su botillo era conocido más allá de esas tierras, no era ni más ni menos que por el particular ingrediente que le traían anualmente desde la vega murciana. Una buena vianda que se preciara debía estar acompañada con la pertinente patata hervida, añadido con ese toque que era el pimentón, medio frito al aceite y esparcido sobre el tubérculo, que le daban al plato un sabor insuperable.

Sin reparo ni compasión despertó al adormecido Tobías. Era urgente, muy urgente, conseguir un tarro de pimiento molido, pero de Murcia, pues no le servía otro. Tenía para dentro de cuatro días unos comensales muy especiales, y no quería desmerecer la fama que llevaba atesorando desde el primer día que se puso tras un fogón. El marido, que no entendía tantas prisas si aún no había clareado, asintió con la cabeza, indicándole que bajaría a Ponferrada nada más abrieran las tiendas.

A media mañana apareció Tobías con el encargo de su mujer. Ajeno a todo, no entendía las prisas de su esposa y menos que a media noche le despertara para tan

banal pedido. Cuatro frascos diferentes llevaba en el maletero del Renault-6, aunque ninguno especificaba que fuera de la tierra ribereña al mediterráneo. Tras probarlos y apreciar que en nada se parecían al que habitualmente ella utilizaba, un miedo pavoroso se apoderó del cuerpo de Lolina. Aquello no podía estar sucediendo. Y menos a falta de tres días para que el mismísimo Franco apareciera por aquella puerta, con un montón de autoridades dispuestas a saborear un exquisito botillo con cachelos.

De golpe y porrazo, un estado de shock pareció apoderarse de su menudo cuerpo, que se movía ahora con más ritmo –si cabe- que el habitual. Una mezcla de ansiedad, miedo, e ira, se enquistó en sus ojos, transformándole el rostro. Ni corta ni perezosa – y sacando las fuerzas vaya usted a saber de dónde- arrastró a su marido a un lado de la cocina. Tras darle mil duros y mirarle fijamente con la cara desencajada –esa que cuando estaba nerviosa parecía la de una loca de atar- le dijo.

_Toma ese dinero y te vas a Murcia. Trae todo el pimentón molido que puedas. Es urgente. Tienes tres días.

El hombre, que para hoy tenía mejores planes en la cantina, soltó una carcajada que se escuchó por todo el restaurante. Miró a su mujer para asegurarse que aquello no era broma o que algo de la cena le hubiera sentado mal, pues jamás ella lo había cogido por la pechera y mucho menos se había dirigido a él con ese ímpetu de asesina compulsiva. Sin darle tiempo a responder, Lolina le zarandeó por el cuello de la camisa, en tono amenazador, y le soltó con voz grave.

_Tienes tres días. Como no estés aquí con el pimentón molido eres hombre muerto.

Tobías, que asistía atónito a aquel inusual episodio, pues nunca había percibido tal agresividad en su esposa, empezó a tomarse en serio aquella situación. La mujer, presa de una ansiedad mezclada con rabia cada vez que miraba a su marido, le repitió lo importante que era tener el ingrediente para la fecha exigida.

El descolocado Tobías no sabía qué decir ni mucho menos qué hacer. Pasmado ya de por sí, no entendía aquel repentino ataque de su esposa y menos por algo tan absurdo como un poco de pimentón, que él no acertaba a comprender el porqué tenía que ser de Murcia. Lolina, que parecía excitarse a medida que pasaban los minutos, dirigió una última mirada con los ojos ensangrentados a su marido, como indicándole que no le repetiría la orden dada. Cada segundo contaba y él estaba allí, inmóvil, malbaratando un tiempo precioso.

A empujones lo metió dentro del Renault-6, sin tan siquiera ropa para el viaje, ni ninguna otra indicación. Pimentón. Y de Murcia.

Y así fue como el bueno de Tobías se encontró, un plácido día de octubre de aquel mil novecientos sesenta y siete, dirigiéndose hacia el otro extremo de la península, por esas carreteras a medio hacer, mitad alquitranadas a tramos y mitad con socavones en el resto. Y encima con prisas, pues si no llegaba para media mañana del tercer día, su mujer amenazaba con montarle una escena, sin él comerlo ni beberlo. Callado y nervioso, y no entendiendo nada de aquel suceso, pronto se vio sentado frente al volante, cruzando esa España de charanga y pandereta...en busca de pimentón molido.

No hay palabras suficientes para detallar el padecer que se asentó en el cuerpo de Lolina. Ni de lejos las tenía todas consigo pues, aunque su marido nunca le rechistaba nada –ni se le ocurriera-, el ir y venir con tan poco margen de tiempo era un hándicap y de los grandes. Presa de un nerviosismo que hasta hizo que se comiera las pocas uñas que gastaba, los preparativos para tan nerviosismo que hasta hizo que se comiera las pocas uñas que gastaba, los preparativos para tan alto visitante fueron un ir y venir por todo el hostel. Mantel nuevos, limpieza a fondo, barrer sobre barrido, los aseos, cristales impolutos, la cocina immaculada, todo debía estar a punto para no desmerecer tan especial huésped. Aunque lo que más miedo le daba era que el haragán de su marido no diera la talla y fuera incapaz de conseguir lo encargado o, lo que es peor, que llegara tarde y a deshora.

El día señalado amaneció con nubes y nervios. En toda la noche no había podido la destemplada mujer pegar ojo. Mil detalles a verificar – y un tembleque que hasta la hacía tartamudear- la tenían en un sin vivir. La tarde anterior ya había escogido el mejor botillo que guardaba en la despensa, para que el plato principal fuera digno del momento. Las patatas, escogidas una por una, aguardaban prestas a ser peladas y cortadas, ni muy gruesas ni muy menguadas.

A media mañana, no menos de seis hombres que no eran de aquellos lares estaban ya en el hostel y alrededores. El restaurante, cerrado al público, estaba impecable. Hasta los camareros y la cocinera lucían, extrañados, un uniforme nuevo, especial para aquella insospechada ocasión. Ninguno de los empleados sabía de antemano el porqué de tanto esmero y dedicación. Sólo Lolina, que remiraba el reloj a cada minuto, sabía el motivo de tanto revuelo. Y Tobías sin llegar.

Sobre la una del mediodía un Dodge reluciente paró frente a la puerta de la fonda. Sin protocolo ninguno descendió el hombre de gafas oscuras y advirtió a la dueña que el huésped llegaría dentro de quince minutos. Él mismo se encargó de decirles a los empleados quién era el especial comensal a quien tendrían el orgullo de atender. Pragmático, y sin perder el tiempo, dio órdenes a los subordinados que merodeaban custodiando el entorno y marchó de la misma manera que había llegado.

El revuelo que se formó entre los empleados al saber que dentro de un cuarto de hora el mismísimo Caudillo aparecería por aquella puerta fue de los grandes. Hasta la dueña estaba alterada ante la que se avecinaba. Tanto en cocina como en el comedor todo estaba a punto. Incluso las patatas, ya hervidas y que esperaban ser enfritadas, estaban al dente. Todo estaba en su sitio.... Menos Tobías y el pimentón.

La llegada de la máxima autoridad y la corte que conformaban su séquito fue ostentosa. Todos los gerifaltes aplaudían la buena pesca conseguida hoy por su superior. Nada más entrar, Lolina, nerviosa como un membrillo a medio reposar, atendió en persona al Jefe del Estado, acompañándolo personalmente a la mesa. Tras cuatro frases de cortesía, los camareros empezaron a servir los entremeses y las ensaladas que debían preceder al botillo con cachelos. Todo estaba saliendo el guión, pues las risas y la cháchara de los comensales imperaban en la amplia mesa, en donde se apreciaban no pocas botellas de buen vino de la tierra.

Sin embargo, el nerviosismo de la dueña estaba al límite. Con la carne preparada y las patatas en el punto de hervor, sólo faltaba rociarlas con el aceite espolvoreado con pimentón, pero a falta de un minuto para servir el plato típico de la tierra, ni Tobías ni la apreciada especie murciana estaban en el restaurante. Miró la desesperada mujer por la ventana en un último intento de localizar en la lejanía el coche de su marido, por si se producía el milagro. La nada más absoluta se apreciaba tras el cristal. Renunciando a cumplimentar el botillo según la especialidad de la casa, mandó a los camareros a servir el plato de la vianda con las patatas hervidas, apagando la sartén del aceite hirviendo. Aquello era un despropósito. Todo perfecto, todo en orden, dos noches sin apenas pegar ojo, y el Generalísimo se llevaría un torpe recuerdo del botillo con cachelos. Sin el ingrediente que ahora faltaba, aquel plato, el plato con el que se había hecho famosa, no era ni de lejos el manjar del que todos hablaban.

Con cara de circunstancias sirvieron el botillo a los comensales, conscientes que estaba huérfano del toque con el que la dueña lo servía habitualmente. El gobernador, hombre de buen comer, reparó contrariado en tal detalle, indicando con el dedo a la propietaria que se acercara. No era posible que justamente con tan alto dignatario ella hiciera una errata como la que se apreciaba. Lolina se quiso morir.

No tubo tiempo el mandamás de tirarle reproche ninguno. De la cocina, como un rayo, apareció Tobías llevando en la mano la sartén con el aceite hirviendo y en el que se apreciaba el pimentón que lentamente iba tostándose. Sin apenas dar tiempo a nada, y aunque su desaseado aspecto no invitaba a congratularse, fue rociando, uno por uno, los platos de los catorce comensales. El efecto personalizado de los cachelos, que desprendían un agradable olor de pimiento recién frito, envolvió la mesa de un aroma que invitaba a recrearse en lo servido. Sorprendido ante tal originalidad a la hora de aliñar las patatas, el propio y estupefacto Caudillo rompió en un aplauso de aprobación que fue seguido por toda aquella cohorte de bufones y gerifaltes.

La cara de Lolina, que no acertaba a entender de dónde había salido Tobías, era todo un poema. Aquello era un goce gastronómico y encima recompensado por tan selectos invitados.

.....

Al cabo de una semana de tan esperpéntico suceso, un hombre bajito y con modales severos se presentó en la fonda. Tras preguntar por Doña M^a Dolores Castelar Gascón, le indicó que venía de Presidencia para ajustar cuentas, indicándole que el Generalísimo había quedado gratamente satisfecho con los servicios gastronómicos prestados. Como cortesía –amén de pagarle la factura- le regalaba una fotografía en blanco y negro, tomada el día de autos, donde se apreciaba al General, sonriente, junto a todos los empleados de la fonda. En el reverso, una grata dedicatoria incidía en lo exquisito que había sido el ágape servido.

En la esquina de la foto, el desubicado Tobías –con barba de tres días y un desaliño notorio- parecía ausente mirando hacia otro rincón, como si aquello no fuera con él. En realidad sus ojos iban dirigidos al carrillón de la pared. Si se daba prisa aún podía escaparse a la cantina. Aquel día tocaba partida de mus con su compañero Anselmo y quería comentarle que su mujer estaba medio loca, y muy rara.

La muy jodida lo había enviado a Murcia a por pimentón.

■ ■ ■ ■